

LA LENGUA DE SLACKBRIDGE Y LA IDEOLOGIA DE DICKENS EN *HARD TIMES*



Ramón López Ortega
Universidad de Extremadura

Un trabajo más sobre la lengua de Dickens exige de entrada una justificación. Existen estudios que cabría calificar de exhaustivos, si no fuera porque la obra de este escritor, como la de cualquier clásico, despierta cada día renovado interés e inquietudes diferentes. *Hard Times*, en concreto, ha sido objeto de copiosos estudios, entre los que no es difícil encontrar alguna reflexión sobre el lenguaje.

Existen aproximaciones críticas muy válidas al papel que desempeña el sindicato en esta novela (de esos resultados arranca este ensayo); y, como es sabido, en el plan del autor, Slackbridge pretende ser la voz de esa organización. Parece claro que el eje temático del relato gira en torno a esa feroz guerra de clases que acentúa la Revolución Industrial y su secuela, en la Inglaterra de la primera mitad del diecinueve. En el fondo, el sórdido marco de la nueva urbe industrial, la pedagogía del Utilitarismo, el mito del «self-made-man» o el sindicalismo, por mencionar sólo los temas principales, no son sino ángulos de un mismo prisma.

No hay duda de que en las caricaturas de sus dirigentes Dickens maltrata al movimiento obrero. Este escritor niega toda razón de ser a esas organizaciones que canalizan un sentimiento de protesta, con el que, por otra parte, y paradójicamente, se solidariza. Y aquí precisamente se encuentra la raíz de la intrusión ideológica del autor en la parte de la narrativa seleccionada para el presente trabajo: un rechazo casi visceral de las uniones obreras hace que la suave caricaturización que se acusa a lo largo de *Hard Times*, degenera, por medio de una manipulación descarada, en una distorsión del modelo inspirador. Esta falsificación —por razones que intentaré exponer más adelante— llega a poner en peligro el equilibrio artístico de la novela (1).

Por partir de la premisa ya indicada —el convencimiento de que la tensión dramática de esta obra se nutre, en última instancia, de la lucha de clases— creo que las escasas apariciones de Slackbridge tienen una significación crucial en el entramado de la narración. La función de este personaje se reduce a un discurso; por eso, sólo un acercamiento a sus fuentes y componentes lingüísticos podrá explicar satisfactoriamente el sentido de la deformación efectuada por el escritor. Naturalmente, las conclusiones intentan llegar más allá de la valoración que pudiera merecer la postura de Dickens ante el movimiento obrero, o, para ser más preciso, no apuntan en ese sentido; tampoco se pretende el encasillamiento intrascendente de la oratoria de este personaje en uno de los modelos posibles. Se trata tan sólo de evidenciar la incidencia negativa de esta intromisión del autor en el conjunto de la obra. Sin embargo, antes de continuar, y a fin de evitar la falsa impresión que pudiera desprenderse del énfasis en este aspecto que voy a analizar, deseo sumarme a esa corriente seria de la crítica que ha apreciado en *Hard Times* un gran valor, no sólo documental, sino sobre todo literario. Con esto no se anulan ni la hipótesis ni las conclusiones de estas páginas; únicamente se las sitúa en el lugar que les corresponde.

* * *

Al final de su artículo sobre la huelga de Preston de 1853-54 —una de las fuentes de *Hard Times*—, Dickens resume su postura ante lo que Carlyle denominó «the Condition-of-England

Question», o la situación de la clase obrera inglesa descrita por Engels. Sus afirmaciones, que luego hallarán eco en el obrero ideal de *Hard Times*, Stephen Blackpool, son inequívocas:

«... I would entreat both sides now so miserably opposed, to consider whether there are no men in England, above suspicion, to whom they might refer the matters in dispute, with a perfect confidence above all things in the desire of those men to act justly, and in their sincere attachment to their countrymen of every rank and to their country» (2).

Este arbitraje «imparcial» lo realiza Dickens en *Hard Times*, que, de alguna manera, quiere ser también laudo y veredicto válidos ante unos problemas que no conoce de cerca. En el fondo, su deseo de pacificar las «two nations» no era muy diferente del que abrigaban Disraeli, Mrs. Gaskell o Kingsley. En sus peores momentos la novela parece una dramatización pobre del pensamiento social de Carlyle. De este pensador, a quien dedica la obra, emana también algún rasgo característico de la novela de Dickens. En este sentido el profesor Cazamian ha señalado la gran semejanza existente entre las vigorosas invocaciones monosilábicas en segunda persona con que Dickens salpica esta obra, y las peculiaridades lingüísticas favoritas de aquél (3). Para comprender la naturaleza de la manipulación efectuada en el discurso de Slackbridge, conviene tener presentes los rasgos característicos de la oratoria democrática precedente y contemporánea, en cuyos excesos se ha pretendido ver el embrión de este héroe.

* * *

Carecemos de un estudio sistemático sobre el componente lingüístico de esa cultura radical que se articula en Gran Bretaña durante los últimos años del siglo dieciocho, y se extiende y potencia a lo largo del diecinueve. La historia, la sociología e incluso una parcela de la crítica literaria, se han preocupado por presentarnos una imagen bastante completa de las vicisitudes de todos esos movimientos que, con criterio amplio, pueden insertarse en ese marco calificado de «radical». Pero para un análisis específicamente literario, y, por tanto, relacionado de algún modo con lo lingüístico, esa laguna supone una limitación casi insalvable. En efecto, parece obvio que esas múltiples fuerzas sociales —se presenten bajo la forma de movimientos, instituciones o simples filosofías— vertebran la tradición de que se alimenta *Hard Times*. El trasfondo de esos «hard times» lo forman los días heroicos del ocaso del movimiento radical, del socialismo utópico de Robert Owen, del surgimiento y la caída del cartismo, y del reconocimiento definitivo de las uniones obreras. Pero estos movimientos, aun participando de un espíritu democrático y progresista común, ofrecen diferencias acusadas entre sí, no sólo en sus fines, sino en sus métodos y estrategias; y estos matices diferenciadores se traducen en expresiones y lenguajes distintos (4). A pesar de eso, la propaganda oficial y las clases dirigentes tenderán a medirlos por el mismo rasero. Esta confusión se detecta con facilidad en las llamadas «novelas industriales» de la época. A primera vista parece que Dickens ha caído solamente en el error de equivocarse a un líder sindical con un demagogo de la vieja escuela radical (ésta es la opinión prevalente entre los críticos de *Hard Times*); y, aunque, en mi opinión, no se trata ni siquiera de esto —creo que sus prejuicios ideológicos le llevan mucho más lejos—, me veo obligado a improvisar algunas consideraciones sobre el lenguaje utilizado por la propaganda de los citados movimientos democráticos (5).

* * *

En el complejo panorama inglés de principios del diecinueve tenemos, en primer lugar, esa corriente radical, enorme y heterogénea, cuya fuerza se ve incrementada por el impacto de la Revolución Francesa. Su espíritu —y no pocas veces su lenguaje— se remonta a los días de la Revolución Inglesa del diecisiete. A pesar de las distintas líneas de pensamiento que en ella confluyen, se podría afirmar que, en general, es parte de una cultura de rango más nacional (6), y,

en consecuencia, busca su expresión en el inglés estándar; es de naturaleza política, y su radio de acción, por tanto, necesariamente amplio; se apoya en gran medida sobre autodidactas, y, por ello, aun teniendo una fuerte base popular, imita y refleja también la cultura oficial y se sirve de un lenguaje intelectualizado (7). Así se explica, por ejemplo, el hecho de que grandes sectores del pueblo se adhiresen incondicionalmente a causas formuladas con frecuencia en una terminología incomprensible, pero cargada de un valor fetichista; E. P. Thompson hace referencia a la idea extendida de que un «Provisional Government» no era sino la garantía de unas «provisiones» más abundantes; y a la creencia de que «Universal Suffrage» equivalía a un reparto más proporcional de los sufrimientos (8).

Sin duda, el joven Dickens, en sus años londinenses, se había familiarizado con la retórica heroica de estos idealistas defensores de la libertad (9). Y seguramente no le era ajena la circunstancia específica en que se desarrollaba este movimiento profundamente político, pero espontáneo y desprovisto de organización: en la clandestinidad, no pocas veces, y siempre lejos del poder. No es difícil inferir que el papel de esos líderes (cuya gama iba desde los demagogos hasta los mártires, para utilizar los extremos marcados por Thompson), y la función de su oratoria necesariamente maximalista (si se puede utilizar este calificativo en una época tan temprana), revistiese suma importancia en semejante coyuntura. La historia nos dice que a menudo el ala extremista de este movimiento se vio dominada por oportunistas, demagogos y hasta periodistas pendencieros; y éstos, como dice Thompson, «were not the least bombastic and flamboyant in their language». La impotencia y la frustración colectiva se prestaban a alentar la hipérbole de esa retórica desproporcionada (10). Quizá esta arenga de Saxton nos aproxime a lo que realmente fueron esos tonos, sin duda exagerados en su momento: «The whole country has only to be united... and demand their rights as MEN determined to be free, or die nobly in the struggle» (11). Pero a la larga, y es de justicia decirlo, a pesar de la persecución casi incesante a que se vieron sometidos sus dirigentes, no prevalecería ese lenguaje jacobino. Por el contrario, el gran maestro del que aprendieron no sólo esos pioneros de las modernas libertades democráticas, sino incluso los líderes de los nacientes sindicatos y los cartistas, fue William Cobbett (12). Su magisterio se extiende desde la formación de una clara conciencia colectiva, hasta la enseñanza de unas reglas gramaticales adecuadas. En este segundo aspecto, el que más nos interesa aquí, es conocida su popular *Grammar of the English Language*, cuyas ediciones superaron los cien mil ejemplares entre 1818 y 1833. Esta obra, cuyos capítulos aparecen en forma de cartas, rompe con la terminología cada vez más complicada de las gramáticas al uso; se evitaba así un escollo insalvable para su comprensión por la gente del pueblo. Además de la docencia de Cobbett, la catequesis dominical de las Iglesias, la misión evangélica y la lectura de la prensa prohibida, eran prácticamente los únicos instrumentos con que la clase trabajadora combatía el analfabetismo; y éstos serán elementos a tener muy en cuenta a la hora de abordar el lenguaje de los futuros líderes obreros. «One of the greatest of all faults in writing and in speaking», decía Cobbett, «is this: the using of many words to say little» (13). En esta sencillez y economía del lenguaje, que, por otra parte, se adecúa al realismo de la clase trabajadora, se educan sus miembros más destacados. Los discursos y escritos de Cobbett servirán de modelo a varias generaciones. Su «Address to the Journeymen and Labourers», a título de ejemplo, con ese estilo rico y escueto a la vez, encuentra eco aún hoy en las tribunas industriales. Sirvan de ilustración estas frases del citado panfleto:

«Friends and Fellow Countrymen... Elegant dresses, superb furniture, stately buildings, fine roads and canals, fleet horses and carriages, numerous and stout ships, warehouses teeming with goods; all these... are so many marks of national wealth and resources. But all these spring from *labour*. Without the Journeymen and the labourers none of them could exist...» (14).

Incluso Hunt, el «matchless orator», que en 1831 fue elegido representante de Preston en el Parlamento, le debe mucho al estilo de Cobbett. Parece que sus relaciones personales encontraron ciertos obstáculos, pero ni siquiera este demagogo se escapa de su influencia. Se han sugerido ciertas concomitancias entre su lengua y la de Slackbridge, aunque, como

veremos, cada uno habla un idioma distinto. En efecto, aun cuando Hunt desarrolla su actividad política muchos años antes (15), y, por tanto, aquellos días difíciles se prestaban a una retórica política de tono más heroico y solemne, «he knew how to present a case with clarity» (16). Incluso admitiendo que sus discursos pudieran caer a veces en una verbosidad excesiva, podemos afirmar que la sencillez de sus figuras, la oportunidad de sus símiles y la inmediatez de sus frases entroncan con esa vena popular característica de los mejores dirigentes del pueblo. Por ejemplo, en una ocasión decía:

«To give a man the vote without the ballot (is like) placing a rump of beef before him, and putting a knife and fork in his hands while not allowing him to eat it.» (17).

Y en sus conocidos *Addresses to Reformers*, escribía:

«The people, the rights of the people, have no more to do with the question than the Emperor of Morocco.» (18).

Sin duda alguna, su oratoria tenía que ser en parte grandilocuente y altisonante —y esto se aprecia en el orden concatenado de las interrogaciones retóricas, la gradación, el clímax y la presencia obligada de la anáfora y la epístrofe del inconfundible pasaje que se cita a continuación—; pero aun en medio de este estilo ampuloso se puede entrever una base concreta y cotidiana:

«What was the cause of the want of employment? Taxation. What was the cause of taxation? Corruption. It was corruption that had enabled the borough-mongers to wage that bloody war which had for its object the destruction of the liberties of all countries but principally of our own... Everything that concerned their subsistence or comforts was taxed. Was not their loaf taxed? was not their beer taxed? was not everything they ate, drank, wore, and even said, taxed?» (19).

Habría que tener esto en cuenta para demostrar que entre el personaje de Dickens y los oradores radicales apenas si hay en común algún rasgo accidental y externo de su expresión (20). Por tanto, ni siquiera en el «matchless orator» podemos hallar el antecedente de Slackbridge; se puede admitir que Dickens ha utilizado para su apunte algún rasgo aislado del estilo radical; pero Slackbridge constituye en realidad la quintaesencia de los defectos de cualquier tipo de oratoria. Desde luego, su lengua no refleja ninguna de las cualidades de la elocuencia de ese movimiento democrático; y además, en todo caso, hay que añadir que esos discursos, a mediados de siglo, pertenecían a una moda superada y pasada y, por tanto, carecían de respuesta popular. Hunt había perdido ya en 1832 el apoyo del electorado obrero de Preston y, consecuentemente, su escaño parlamentario.

* * *

El cartismo supone en cierto modo un paso más en el desarrollo de la mencionada cultura radical. Sin ánimo de entrar en la esfera de la historia —rebasaría los límites de este trabajo y de mi propia competencia—, convendría resaltar, de un lado, su conexión con el pensamiento democrático de la pasada generación, y, por otra parte, su clara diferenciación del movimiento sindical (21). Estas divergencias están determinadas por la naturaleza dispar de sus tácticas y fines inmediatos; y ahí estriba, en último término, el fundamento diferenciador de sus respectivos lenguajes (22). La matización es relevante, pues los llamados «novelistas industriales» confunden a veces la expresión y la práctica cartistas con el lenguaje y los objetivos específicamente sindicales.

La bipolarización del movimiento cartista en partidarios de la «physical force», por un lado, y de la «moral force», por otro, dificulta un posible análisis del lenguaje de sus dirigentes (23). Pero, a pesar de esta división —que, como alguien ha apuntado, responde también a criterios de clase (24)— se puede afirmar con Y. V. Kovalev que, en general,

«Simplicity, clarity of thought and style, and down-to-earth raciness of speech—such were the unalterable qualities of the style of Chartist journalism.» (25).

La relación directa entre el periodismo y la oratoria política de los cartistas queda aclarada, poco después, por este mismo crítico:

«The first articles of Chartist journalists were usually records of speeches made at political meetings. But even later they retained much of their oratorial style and the forcefulness, expressiveness, and emotional appeal which are characteristic of public speeches.» (26).

Bajo la aparatosidad de las grandes concentraciones de masas —cuyo escenario solían ser los páramos de las afueras de las ciudades durante la noche, bajo la luz impresionante de sus antorchas—, subyacían en realidad unas reivindicaciones democráticas más concretas y una mayor organización (27). Sus panfletos, artículos periodísticos, discursos, e incluso obras de creación literaria, giran inevitablemente en torno al «sufragio universal para los varones», la «uniformidad de las circunscripciones electorales», los «parlamentos anuales», la «remuneración a los ocupantes de los escaños», el «voto secreto» y la «abolición del requisito de propiedad para los candidatos»; es decir, los seis puntos de la Carta democrática. Por eso, aunque el marco invitase a proferir una fraseología heroica, y de hecho se diesen muestras de una retórica exaltada entre sus portavoces, en el discurso cartista suele predominar la frase concisa de corte coloquial, la expresión concreta y la imagen comparativa, sin faltar a veces la nota humorística (28). Con estos recursos se intenta que el pueblo comprenda el contenido de unos conceptos políticos, cuya terminología no siempre resulta asequible. He aquí dos ejemplos referidos a un concepto, cuya comprensión, como hemos visto, ofrecía dificultades:

«This question of universal suffrage is a knife and fork question, after all, a bread and cheese question... and if any man should ask me what I mean by universal suffrage I should reply: That every working man in the land has the right to have a good coat on his back, a comfortable abode in which to shelter himself and his family, a good dinner upon his table...» (Palabras pronunciadas por J. R. Stephens en 1838.) (29).
«UNIVERSAL Suffrage means meat and drink and clothing, good hours, and good beds, and good substantial furniture for every man and woman and child who will do a fair day's work.» (Frasas escritas por Bronterre O'Brien en 1839.) (30).

Dicho esto, hay que añadir que la literatura y la elocuencia cartistas son, por naturaleza, más intelectuales y suelen encontrar también su vehículo en un lenguaje de ámbito nacional, es decir, en el inglés estándar. Por el contrario, la oratoria sindical de aquellos años nace de la propia fábrica; en general, responde no ya a un planteamiento político amplio, sino a unas reivindicaciones muy concretas; y, por lo regular, como se intentará demostrar a continuación, halla su medio adecuado en el dialecto local.

* * *

El cartismo nunca consigue una implantación definitiva en esas uniones de los «pompous trades and proud mechanics», como los llamara el dirigente Feargus O'Connor (31). Ernest Jones hace un último intento, en el ocaso del cartismo, para dotar a los sindicatos de un contenido político y superar de una vez su carácter estrechamente gremial. Sin embargo, la historia nos dice que esa línea apolítica de las uniones obreras británicas no se quebraría hasta los últimos años del siglo. Sin entrar en juicios de valor sobre esta actitud, lo cierto es que cuando Dickens va a Preston para conocer sobre el terreno la realidad que después encarnaría su obra, los sindicatos son instituciones plenamente legales, bastante arraigadas en las zonas industriales, y funcionan con gran independencia de cualquier movimiento político. Quedan ya lejos los días de la clandestinidad en que eran, en frase de Engels, auténticas «escuelas de guerra»; ahora, como escribe ese testigo excepcional, «... el proletariado inglés está aburguesándose más cada día» (32). La huelga de Preston se desarrolla en este ambiente. Historiadores, críticos y periodistas —incluido el mismo Dickens— coinciden en resaltar el talante comedido y realista del conflicto. El trabajador textil que presidía un mitin presenciado por el propio Dickens, es un exponente fiel de aquel paro local y

del carácter concreto de su reivindicación: una subida del 10 por 100. Ante el deseo de los representantes de una de esas organizaciones políticas de dirigirles la palabra, el presidente consulta a la asamblea en su dialecto de Lancashire:

«T' question is, shall these heer men be heerd (...) what ha' these men got t'tell us? Do they bring mooney? If they bring mooney t'ords t'expences o' this strike, they're welcome. For, Brass, my friends, is what we want, and what we must ha' (hear hear hear!). Do they coom to us wi' any suggestion for the conduct of this strike? If they do, they're welcome. Let 'em give us their advice and we will hearken to 't. But, if these men coom heer, to tell us what t' Labour Parliament is, or what Ernest Jones's opinions is, or t' bring in politics and differences among us when what we want is 'armony, brotherly love, and con-cord; then I say t' you, decide for yoursel' carefully, whether these men ote to be heerd in this place. (Hear hear hear! and No no no!)» (33).

Como Dickens periodista reconoce, éste es el tipo de dirigente con el que se identifican los hombres de Preston. En su novela, sin embargo, apenas hay lugar para este personaje. Su puesto, y el del auténtico dirigente, lo ocupa Slackbridge —el Gruffshaw de su reportaje—, en quien la crítica ha querido ver una síntesis de ese delegado llamado Mortimer Grimshaw. La distorsión de los hechos es grave; pues si damos como válido el testimonio de Henry Ashworth, representante de los patronos y cronista del acontecimiento, Grimshaw no gozaba de popularidad alguna (34). Dickens, cuyo reportaje sobre la huelga contiene coincidencias muy sospechosas con la versión de Ashworth, también admite que, al querer intervenir, a Gruffshaw le mandaron callar. En consecuencia, ni apoyando la hipótesis de que Slackbridge, Gruffshaw y Grimshaw fueran la misma persona, estaría justificada la manipulación del autor (35). Tanto los periódicos de la época como el propio Ashworth coinciden en asegurar que el auténtico representante de los huelguistas de Preston era un obrero llamado Cowell. Incluso hacen algún comentario valiosísimo sobre su manera de hablar. Ashworth, en concreto, reproduce un paradigma de lo que considera la peor muestra de la lengua de Cowell. Pero los resultados contradicen sus intenciones: pues, incluso tratándose de la «peor» prueba, apreciamos en ella algunos de los mejores rasgos de la oratoria sindical. Sus cualidades nos hacen adivinar algo de lo que falta en la obra de Dickens, a causa de las limitaciones impuestas por unos prejuicios de corte ideológico. Veamos cómo hablaba Cowell:

«The manufacturers have established their huge workshop through the length and breadth of Lancashire. They have not been content with getting the people to work at these workshops, but they have built for themselves beautiful mansions, finished in the best style of architecture in the country. If you were to travel through these mansions, you would find them filled with the best furniture that the most skilful artisans can produce. Go through the drawing-room, and you will be surprised with the magnificence you will behold: you will see the portraits of the mill-owner and his wife, beautifully drawn, and enshrined in golden frames; and everything else as nice as can be: carpets to tread upon, sofas to lie upon, and everything that is calculated to make men and women idle and lazy. Go through their kitchens and pantries: enter their cellars, supplied with their choicest wines and beer; and their storehouses, replenished with everything that is desirable to make them happy. Let us now come to the condition of the operatives, and walk through their cottages. You will not find one out of every two hundred of the operatives, that can take a handful of sand, and say it is his own: not more than one in two hundred, that has a cottage of his own, & c.» (36).

Cowell es el gran ausente no sólo de la novela de Dickens, sino de su reportaje «*On Strike*». Incluso en este párrafo registrado por Ashworth se ve la gran distancia que le separa del estilo absurdo y vacío de Slackbridge. Pero existen otros testimonios que potencian aún más este lado positivo de la lengua de Cowell y proclaman que esa muestra de Ashworth está aún lejos de exhibir las auténticas virtudes de su estilo. (37). Para empezar —y en esto coincide también con lo que

Dickens hace al presentar a Slackbridge—, lo registra utilizando inglés estándar. Sin embargo, la prensa contemporánea, citada por el propio Ashworth, dice:

«He speaks in the broad dialect of the country, uses the idioms of his class, with a consciousness of the force he gains by so doing, and stems opposition by the good humoured decision with which he puts aside all objections. He chooses his words well, and is, in short, one of the most effective popular orators I have heard.» (38).

Igualmente, en el ensayo de 1854 sobre las charlas públicas de la misma huelga de Preston, se asegura: «... you know he is a Lancastrian man the moment he opens his mouth» (39). Su modo de hablar es directo; posee gran fuerza que brota de la vivacidad de su estilo y de la presentación antitética de sus conceptos; está impregnado de expresivos símiles, fina ironía y cierto humorismo; solía empezar, como se dice en el artículo aludido, «... with the simple phrase 'Respected friends'— then quietly proceeded in a business-like manner to narrate in detail the results of his various labours...» (40); sabe insertar las sentencias evangélicas que el pueblo ha hecho suyas «Do unto others as you would they should do to you» (41); su estilo es reflejo vivo de toda esa tradición popular de protesta social conservada en el folklore y aún viva entre la clase trabajadora (42). No obstante, he aquí el grotesco bosquejo del personaje que asume su función —la del líder indiscutido e indiscutible de la huelga— en el reportaje periodístico de Dickens, bajo el nombre de Gruffshaw:

«O my friends, but explanation is required here! O my friends, but it is fit and right that you should have the dark ways of the real traducers and apostates, and the real un-English stabbers, laid bare before you. My friends when this dark conspiracy began—» (43).

Por fin, obsérvese en este espécimen de la filípica de Slackbridge la conclusión del proceso, es decir, su entrada poco feliz en la novela:

«Oh my friends, the down-trodden operatives of Coketown! Oh my friends and fellow countrymen, the slaves of an iron-handed and a grinding despotism! Oh my friends and fellow-sufferers, and fellow-workmen, and fellow-men! I tell you that the hour is come, when we must rally round one another as One united power, and crumble into dust the oppressors that too long have battered upon the plunder of our families, upon the sweat of our brows, upon the labour of our hands, upon the strength of our sinews, upon the God-created glorious rights of Humanity, and upon the holy and eternal privileges of Brotherhood!» (44).

El proceso se puede resumir así: Dickens ha prescindido de Cowell, el auténtico dirigente popular de Preston. Para desempeñar su papel —indispensable en el entramado de la obra— acude a Grimshaw, otro de los participantes más activos del conflicto, pero que, según hemos visto, carecía del apoyo del pueblo; en «On Strike» lo deforma en la figura de Gruffshaw hasta hacerlo irreconocible; y, por último, cambiándolo de nombre —Slackbridge— nos lo presenta como el alma de los huelguistas en *Hard Times*. Grimshaw podría gozar de mayor o menor popularidad, pero su lenguaje respondía aún al de un movimiento más o menos extendido: el socialismo cooperativista y utópico de Owen. En sus arengas, y en sus mismas formas, había vestigios de la oratoria democrática de la generación anterior (45); después de todo, de ser cierta se adherencia a las ideas de Owen, se explicaría fácilmente la carga política que contienen sus palabras. Pero lo que está claro es que las invectivas de Gruffshaw y Slackbridge se apartan por completo de cualquier modalidad lingüística de esa cultura radical aludida. Es decir, ni siquiera el lenguaje de Grimshaw parece haber sido el germen del personaje dickensiano. En él, como se ha apuntado ya, Dickens se limita a expandir gratuita y caprichosamente la oración que el Gruffshaw de su ensayo periodístico nunca llegó a pronunciar, y, precisamente, como afirma el propio Dickens, a causa del rechazo de su auditorio (46).

Slackbridge es una suma de rasgos absurdos que el autor contrapone a la sensatez de Stephen Blackpool. Aquél, el «malo» de la obra, utiliza el idioma de los «malos», de la clase dirigente, es decir, el inglés estándar. Stephen Blackpool, el obrero «bueno», habla en su dialecto, la

lengua del pueblo. Aplicando aquí la oposición de la Lingüística, el dialecto de Lancashire, como «término marcado» por connotaciones de raigambre emotiva, se opone en la estructura novelesca al término «no marcado», es decir, al «received English». Con este juego Dickens consigue distanciar de su medio al primero, para convertirlo en un agitador «de fuera», en un orador profesional, como él asegura (47). Pero ni los representantes locales ni los delegados de fuera, ni siquiera los demagogos, hablan así (48).

Ni su léxico, ni su sintaxis se adecuaban a los modelos antes expuestos. El líder local, a diferencia del dirigente nacional de las grandes organizaciones —políticas o sindicales— se suele expresar en su lenguaje vernáculo; y, aunque si la ocasión lo requiere, recurre al inglés estándar —por ejemplo, para una colaboración en el periódico—, en la arenga industrial no se puede separar de la cultura autóctona ni de su medio. Ciertamente, también es posible encontrarse con dirigentes radicales y sindicales cuya formación autodidacta les acerca al lenguaje intelectual dominante. Pero aun en esos casos, como hemos visto, se mantenían unas constantes de claridad y sencillez, aunque sólo fuera por razones de propaganda.

La caracterización y la caricaturización de Slackbridge distan mucho de cualquier modelo real. No hay nada orgánico en sus palabras, aparte de una imagen absurda de fuerza, imposición y victimización. Supone la negación de la práctica del movimiento obrero. Sus frases son meras fórmulas retóricas desprovistas de significado. Constituyen una sarta de trucos sermocinales: la repetición exagerada —que nada tiene que ver con la moderada insistencia característica del discurso sindical, sino que se traduce en un abuso continuo de tópicos y clichés retóricos— (49); el tono monótono que producen esas entradas altisonantes en disposición anafórica; la verbosidad —por no decir verborrea— con que infla sus alocuciones; el uso indiscriminado de la aliteración (50), sin otra finalidad que el simple aumento de la tensión retórica de sus frases y, desde luego, carente de la función rememorativa que este recurso cumple en la literatura folklórica, por ejemplo; el abuso de variantes léxicas cultas y elegantes, tan lejanas del oído de un público semi-analfabeto; el uso excesivo de una premodificación tópica de mal gusto y peor efecto (51); el recurso facilón a enunciados y sintagmas de corte bíblico que reproducen los ecos de la homilía apocalíptica («the hour is come», «crumble into dust», «the sweat of our brows», «the labour of our hands», «the holy and eternal privileges», «the prostrate sons of labour», «to your children's children», etc.). La descripción de este proceso deformador sería inacabable. Desde luego, las fuentes del autor no se hallan ni en los archivos del movimiento obrero, ni en el legado de la cultura radical y democrática (52). «The people», como le recordaba Cobbett al obispo de Llandaff treinta años antes, «do not... at all relish little simple tales. Neither do they delight in declamatory language» (53). Por el contrario, quien parece aficionado a esa fraseología es precisamente otro prelado anglicano cuyo lenguaje ofrece el mismo Cobbett en su gramática como modelo que nunca se debe imitar:

«My Reverend Brethren, being called to preside over this distinguished Diocese, at a late period of life, I have thought it incumbent upon me not to delay the opportunity of becoming personally acquainted with my clergy longer than circumstances rendered absolutely necessary.» (54).

Por eso, tal vez haya que buscar las fuentes de esta caricatura dickensiana en los peores residuos de estilos trasnochados, o en una calculada combinación de elementos lingüísticos ajenos a la cultura de la clase obrera. Se da esa sintaxis libresca y elaborada en exceso que caracteriza las intervenciones de Slackbridge (55), en la vieja oratoria del púlpito barroco —el polo opuesto de la articulación ágil y espontánea aplaudida por los coros obreros—. Tampoco resulta difícil descubrir en los tonos exagerados de la prédica disidente —del misionero evangélico o metodista—, la fuente de los rasgos más violentos de su discurso. Este lenguaje, si bien podía excitar en ocasiones los ánimos de la clase trabajadora, en ningún caso puede confundirse con sus moldes expresivos íntimos (sin duda alguna, ciertas locuciones amenazadoras de Slackbridge han sido calcadas literalmente de esos fanáticos predicadores protestantes). También cabría pensar, al buscar la cantera de este lenguaje, en las interminables peroratas parlamentarias de algún viejo «tory» que Dickens tuvo que soportar en sus

años de cronista en la Cámara Baja (56). Y, desde luego, hay coincidencias claras entre la alocución de Slackbridge y los peores «slogans» insertos en las pancartas de los grupos más extremistas y politizados del Preston de mediados de siglo (57).

En resumen, si analizamos con detenimiento el monólogo ridículo de Slackbridge, o el de su antecesor, Gruffshaw, y el lenguaje de cualquier líder obrero histórico, incluido Mortimer Grimshaw, veremos que pertenecen a dos planos diferentes e incluso opuestos. Admitir cualquier relación entre ellos —aun la meramente caricaturesca o paródica—, como parecen establecer K. J. Fielding, Geoffrey Carnall o Philip Hobsbaum (58), supone en cierto modo caer en la trampa tendida por el novelista. Slackbridge es el contrapunto de una dialéctica sin realidad alguna fuera de la mente del autor. El otro extremo de este esquema lo ocupa Stephen Blackpool, el obrero que rompe la huelga y cuenta con la bendición de Dickens. Si Slackbridge, como su nombre sugiere, es un puente flojo, falso e inseguro, Stephen es la víctima, el protomártir, San Esteban. Pretender montar un diálogo dramático consistente sobre estas dos figuras es condenarse al fracaso de antemano; implica el desaprovechamiento por parte de Dickens de alguna posibilidad literaria más que el mundo del trabajo y su cultura podrían haberle deparado. A cambio, *Hard Times* ofrece dos monólogos inconexos: la voz de Stephen, eco fiel de las ideas del autor, y la de Slackbridge, personaje sin identidad obrera. El mismo planteamiento de este diálogo frustrado cierra las puertas de la novela a ese héroe colectivo —la clase obrera— que, en consecuencia, se limita a corear al personaje vociferante. Pero incluso esta actitud resulta incoherente en el contexto de la obra; y, claro está, imposible en el ambiente de Preston (59). Una arenga libresca y sobrecargada de acentos bélicos o proféticos, no parece la respuesta más adecuada a esos monstruos que ha engendrado el «sueño de la razón» utilitarista y que Dickens sintetiza magistralmente en *Hard Times* (60). Tampoco hubiera sido la más propicia en el marco moderado y realista de la huelga de Preston. La personalidad tranquila y el talante lógico de Cowell, con su lenguaje natural y espontáneo, constituyen la prueba más convincente de la identificación entre sindicato y clase trabajadora; y, desde luego, encarna, mucho mejor que el circo, una opción humana y coherente frente al mundo deshumanizado de los Bounderby y los Gradgrind. Pero al poner a Slackbridge en su lugar, se malogran las posibilidades del pueblo como personaje colectivo de la narración, y se equipara el sindicalismo con los peores engendros de la filosofía utilitarista.

No se trata, en conclusión, de lamentar tan sólo la falta de «autenticidad» de Slackbridge, y su carácter atípico; ni siquiera de denunciar la calumnia contra el movimiento sindical —tampoco comparto la temeridad de P. E. Gray, al despachar estos factores, auténticos cimientos del edificio de la obra, como «extraliterary, ideological considerations»— (61). Se pretende demostrar que al fallar el planteamiento dramático de las imágenes sindicales y obreras, Dickens no logra completar su valioso cuadro con la profunda experiencia social que un diálogo auténtico nos hubiera hecho vivir. En esas escenas la novela se convierte en mera fábula, pierde fuerza evocadora; y si, como ha escrito David Craig, Coketown ha seguido viviendo en la memoria colectiva como símbolo de la temprana ciudad industrial; si Gradgrind se ha inmortalizado en el diccionario, denotando el comportamiento frío y mecánico; podemos afirmar, por el contrario, que la memoria de Slackbridge y Stephen Blackpool no ha gozado de más vida que las miopes «soluciones» ideológicas de su creador.

NOTAS

(1) David Lodge, aunque no se detiene en el aspecto objeto de este trabajo, hace, en su estudio sobre Dickens, una generalización válida sobre *Hard Times*; y su afirmación es aplicable al lenguaje del personaje aquí estudiado: «I shall try to show that *Hard Times* succeeds where its rhetoric succeeds and fails where its rhetoric fails; and that success and failure correspond fairly closely to the negative and positive aspects, respectively, of the argument inherent in the novel». (Lodge, David, *Language of Fiction*, Routledge & Kegan Paul, London, 1966, p. 147). David Craig, por su parte, señala, con razones aún más convincentes, las partes en que la novela falla. Véase Craig, David, «*Hard Times and the Condition of England*», en su *The Real Foundations*, Chatto & Windus, London, 1973, p. 125. Este trabajo, que he traducido al castellano e incluido en *Dialéctica y Literatura* (Akal, Madrid, 1979), es uno de los estudios más exhaustivos sobre *Hard Times*.

(2) «On Strike», el reportaje periodístico que Dickens escribió sobre el conflicto laboral de Preston, está lleno de afirmaciones de este talante. (Cfr. *Household Words*, No. 203, 11 de febrero, 1854. Las referencias que se hacen en el presente ensayo corresponden a la edición de B. W. Matz, en *Miscellaneous Papers*, 1908, vol. 1). Comparemos los comentarios conciliatorios del periodismo del autor con las palabras que después pondrá en boca de Blackpool, en *Hard Times*. Dickens escribe en el citado artículo: «Masters right, or men right; masters wrong, or men wrong; both right, or both wrong; there is certain ruin to both in the continuance or frequent revival of this breach. And from the ever-widening circle of their decay, what drop in the social ocean shall be free!» (Ibidem, p. 467). Blackpool, por su parte, después de proferir una queja amarga, acaba lamentándose de aquel estado caótico de cosas; se nos presenta como la voz de la razón, la concordia y la moderación —el holocausto sacrificado en aras de la justicia—: «Look how you considers of us, an writes of us, an talks of us, and goes up wi 'yor deputation to Secretaries o' State 'bout us, and how yo are awlus right, and how we are awlus wrong, and never had'n no reason in us sin ever we were born (...) Look how this ha growen and growen, sir, bigger an bigger, broader an broader, harder an harder, fro year to year, fro generation unto generation. Who can look on't, sir, and fairly tell a man 'tis not a muddle?» (Dickens, Charles, *Hard Times*, Penguin Books, 1971, Harmondsworth, pp. 180-1). Y por si aún hubiera duda de la utilización empática que Dickens hace de este personaje, he aquí su laudo final: «Agreeing fur to mak one side unnat'rally awlus and for ever right, and toother side unnat'rally awlus and for ever wrong, will never, never do't» (Ibidem, p. 182).

(3) Cfr. Cazamian, Louis, *The Social Novel in England: 1830-50*. Routledge & Kegan Paul, London, 1973 (1.ª ed. 1903), p. 171.

(4) J. F. C. Harrison, refiriéndose a la situación concreta de Leeds, afirma algo que se puede hacer extensivo a una gran parte del país en aquellos momentos: «These movements were not so much rivals competing for support, nor even complementary parts of a greater national movement, as *different expressions of a general discontent* and a reaching out to a more just and equitable organisation of society». (Harrison, J. F. C., «Chartism in Leeds», en Briggs, Asa, ed., *Chartist Studies*, MacMillan, London, 1974 —1.ª ed. 1959—, p. 65. La cursiva es mía).

(5) Me detendré en el lenguaje de los tres movimientos que tienen cierta incidencia sobre *Hard Times*: el temprano movimiento radical y democrático, el cartismo —en su calidad de movimiento más diferenciado— y el sindicalismo. Esta somera introducción ayudará a demostrar la hipótesis inicial de este ensayo: el desaprovechamiento por parte del autor de esa cantera de cultura popular que se extiende desde lo que ha dado en llamarse «the political print», de los pioneros de la democracia moderna, hasta la elocuencia propia del movimiento obrero. Otros novelistas de su tiempo supieron incorporar en su obra algunos de estos elementos —tal es el caso de Mrs. Gaskell, por cuya obra Dickens sentía verdadera admiración—.

(6) Sobre todo, como se verá, si la comparamos con el carácter local del marco y del lenguaje de la órbita sindical.

(7) E. P. Thompson aclara esta contradicción aparente diciendo: «There is a sense in which we may describe popular Radicalism in these years as an intellectual culture. The articulate consciousness of the self-taught was above all a political consciousness». (Thompson, E. P., *The Making of the English Working Class*, Penguin Books, Harmondsworth, 1970 —1.ª ed. 1963—, p. 781). Esta semidependencia de la cultura oficial por parte del autodidacta, le hace caer no pocas veces en esa pedantería característica, de la que no se librará ni siquiera Thomas Hardy.

(8) Cfr. Ibidem, p. 783.

(9) «This was the culture —with its eager disputations around the booksellers' stalls, in the taverns, workshops, and coffe-houses— which Shelley saluted in his 'Song to the Men of England' and within which the genius of Dickens matured». (Ibidem, p. 790). He aquí el poema de Shelley:

I

Men of England, wherefore plough
For the lords who lay ye low?
Wherefore weave with toil and care
The rich robes your tyrants wear?

IV

Have ye leisure, comfort, calm,
Shelter, food, love's gentle balm?
Or what is it ye buy so dear
With your pain and with your fear?

II

Wherefore feed, and clothe, and save,
From the cradle to the grave,
Those ungrateful drones who would
Drain your sweat—nay, drink your blood?

V

The seed ye sow, another reaps;
The wealth ye find, another keeps;
The robes ye weave, another wears;
The arms ye forge, another bears.

III

Wherefore, Bees of England, forge
Many a weapon, chain, and scourge,
That these stingless drones may spoil
The forced produce of your toil?

VI

Sow seed,—but let no tyrant reap;
Find wealth,—let no impostor heap;
Weave robes,—let not the idle wear;
Forge arms,—in your defence to bear.

Shrink to your cellars, holes, and cells;
 In halls ye deck another dwells.
 Why shake the chains ye wrought? Ye see
 The steel ye tempered glance on ye.

With plough and spade, and hoe and loom,
 Trace your grave, and build your tomb,
 And weave your winding-sheet, till fair
 England be your sepulchre.

(10) Junto al comentario citado en este trabajo, Thompson añade: «The very frustrations of a popular movement, in which thousands of powerless men were pitted against an armed Establishment, were released in hiperbole; and Hunt, as the orator at the great reform assemblies, knew how to touch these responses. His style of oratory was given to him by the frustrations of those whom he addressed». (Ibidem, pp. 682-3). Y con respecto al ala más extremista de este movimiento, afirma: «They fell victims to their own inflated rhetoric». (Ibidem, p. 674).

(11) Ibidem, p. 690.

(12) Thompson se refiere reiteradas veces al papel insustituible de Cobbett y a la incidencia que su obra tuvo en el movimiento democrático y en la clase obrera. «It was Cobbett», dice este historiador, «who created this Radical intellectual culture, not because he offered its most original ideas, but in the sense that he found the tone, the style, and the arguments which could bring the weaver, the schoolmaster, and the shipwright into a common discourse». (Ibidem, p. 820). Sobre su influencia en los dirigentes y el pueblo sencillo, respectivamente, escribe: «... Cobbett set a style which, inevitably, his colleagues and competitors sought to imitate: Hunt, in his *Memoirs*, published in instalments from Ilchester gaol, Carlile in the *Republican*, and a dozen lesser men». (Ibidem, pp. 687-8); «... illiterate labourers would, nevertheless, go each week to a pub where Cobbett's editorial letter was read aloud and discussed». (Ibidem, p. 782). Su iniciativa sería pronto secundada por otros pedagogos de la clase trabajadora, como el Reverendo William Hill. Véase su «The Theory and Construction of the English Language», en *Leeds Times*, 10 de febrero de 1834. En torno al sentido y la importancia del magisterio de Cobbett, Hill y otros intelectuales, y su influencia sobre el lenguaje y la literatura cartistas, estoy realizando un estudio que será publicado en breve.

(13) Cobbett, William, *A Grammar of the English Language* (New Edition), Charles Griffin & Co., London, 1866, p. 194.

(14) Citado por E. P. Thompson, op. cit., pp. 679-80.

(15) Hunt se retira de la actividad política veinte años antes de la aparición de *Hard Times*. Sobre este extremo y sobre la trayectoria pública de este personaje en general, véase Proctor, Winifred, «Orator Hunt, M. P. for Preston, 1830-32», en *Transactions of the Historic Society of Lancashire and Cheshire*, vol. 114, Liverpool, 1963, p. 154.

(16) Conviene dejar muy claro este punto, pues la tesis de quienes ven en Slackbridge una réplica novelada de esa oratoria radical precedente —cuyo exponente más memorable había sido Hunt—, significa la reducción del estilo de aquellos viejos demócratas a algo meramente incendiario y carente de contenido; es decir, a una expresión desprovista de los mejores rasgos del habla popular. Desde luego, quienes sostienen que Gruffshaw y Slackbridge (el dirigente mencionado en «On Strike» y el líder de *Hard Times*, respectivamente) son personajes contruidos sobre Mortimer Grimshaw (uno de los delegados reales de la huelga de Preston), admiten indirectamente esta identificación de la oratoria de Slackbridge con la de los aludidos radicales de la generación anterior. En efecto, las semejanzas entre Grimshaw y aquellos oradores radicales son obvias y fueron establecidas ya en vida del primero. Un articulista anónimo, refiriéndose a Grimshaw, escribía en 1854: «I am told he comes of a 'speaking family', and that his father was considered pretty eloquent by the humbler radical reformers in the earlier part of the century». («Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», en *Eliza Cook's Journal*, XI, 19 de agosto, 1854, p. 259). Y ese mismo año Henry Ashworth comparaba algunos de los discursos de Preston con esas «... inspiring addresses as Hunt might have delivered forty years ago at Peterloo». (Ashworth, H., *The Preston Strike: An Enquiry into its Causes and Consequences*, George Simms, Manchester, 1854, p. 40). Sin duda, de aquí arranca la insistencia de los que se empeñan en ver en Slackbridge a un demagogo de la escuela radical. Incluso Geoffrey Carnall, en uno de los estudios más autorizados sobre *Hard Times*, relaciona a Grimshaw, Gruffshaw y Slackbridge con los mencionados radicales de la generación precedente, y menciona explícitamente el nombre de Hunt. (Cfr. su «Dickens, Mrs. Gaskell, and the Preston Strike», en *Victorian Studies*, septiembre, 1964, p. 40). Pues bien, como intentaré aclarar en las páginas siguientes— y sobre todo en las notas 34 y 35—, creo que estamos ante una verdad a medias que requiere una matización muy precisa (el propio Dickens es consciente de esa media verdad, se sirve de ella y acaba por transformarla en mentira). Definir a los oradores y demagogos del movimiento radical —al propio Hunt, en concreto— a partir de los rasgos de Slackbridge, o viceversa, supone una mutilación inadmisibile de la personalidad de aquéllos. Slackbridge responde plenamente a la definición de incendiario y vacío; Hunt y Grimshaw, no. En Slackbridge, es cierto, se aglutinan y multiplican los defectos expresivos de esos oradores; pero este personaje carece en absoluto de las virtudes de aquéllos. «Hunt», como dice acertadamente E. P. Thompson, «possessed both the qualities and the defects of the demagogue». (Thompson, E. P., op. cit., p. 682). También Winifred Proctor asegura que «... he (Hunt) was never eloquent and far too often verbose», pero —y la observación es importante—, después de admitir la claridad de su expresión. (Proctor, W., op. cit., p. 146). Este historiador resume así, en el mismo artículo, la personalidad y el lenguaje de Hunt: «Between himself and his supporters he established a feeling of 'togetherness', his election speeches being delivered in a tone of kindly bonhomie which won his hearer's hearts. Always he spoke to the working-class crowds in language they could understand. He was witty, humorous, and a past-master in the use of the apt and homely phrase, though it must be admitted that his English was not always beyond reproach». (Ibidem, p. 132). Como se podrá apreciar, hay diferencias sustanciales entre este retrato y la imagen de Slackbridge.

(17) Ibidem, p. 147.

(18) Ibidem, p. 146.

(19) Thompson, E. P., op. cit., p. 661. Al describir la personalidad de Hunt, Thompson nos recuerda también ese lado

ruidoso y altisonante de sus intervenciones públicas: «The great demonstrations had a ritualistic character, in which the speaker moved through declamation and rhetorical questions, playing for the expected tumultuous responses». (Ibidem, pp. 689-90). El uso de estos recursos retóricos y el abuso de expresiones rimbombantes («the fatal day», «the day of reckoning») constituyen para Thompson los peores vicios de Hunt y esos demagogos «... whose Radicalism had more froth than body; and even the paid itinerant orators... 'who made a trade of speechifying'». (Ibidem, p. 685). Pues bien, estos rasgos precisamente —y, desde luego, separados del texto y contexto en que se daban en la realidad— son los que hallarán eco posteriormente en el personaje de Dickens. Por tanto, para cualquier comparación entre Hunt y Slackbridge, habrán de tenerse en cuenta estas diferencias.

(20) Existen varios testimonios de los procesos incoados contra dirigentes obreros del movimiento radical, donde se recogen discursos que éstos pronunciaron en su propia defensa. Uno de ellos, perteneciente a John Brunt, zapatero de profesión, nos puede ayudar a captar la vena concreta y realista que, a pesar de ciertas notas altisonantes, solía alimentar el lenguaje de la anterior generación de radicales. No podemos negar que con frecuencia se prestaban tonos solemnes en sus palabras (como, por ejemplo, en el broche final de la defensa que se cita a continuación); pero hay que decir también que esos términos se proferían casi siempre en un contexto que de alguna manera los justificaba: «... he had, by his industry, been able to earn about £3 or £4 a-week, and while this was the case, he never meddled with politics; but when he found his income reduced to 10 s. a-week, he began to look about him... And what did he find? Why, men in power, who met to deliberate how they might starve and plunder the country. He looked on the Manchester transaction as most dreadful... He had joined the conspiracy for the public good. He was not the man who would have stopt. O no: he would have gone through with it to the very bottom... He would die as the descendant of an ancient Briton...» (Ibidem, op. cit., pp. 773-4). Por el contrario, ni el ambiente del Preston de 1853-4, ni el cuadro del conflicto presentado por Dickens, se prestaban a esas frases heroicas y complicadas de Slackbridge a que me referiré después; y éstas, desde luego, están fuera del marco concreto y sencillo de las de J. Brunt.

(21) A pesar de la frecuente coincidencia en algunas de sus demandas, y aunque no pocas veces los dirigentes de ambas organizaciones fuesen la misma persona. Para mayor información al respecto, véase Briggs, Asa, op. cit., pp. 43-4.

(22) El cartista Gammage, historiador del movimiento y testigo de excepción, hace una curiosa referencia al acceso del simple trabajador a la tribuna pública y a la publicación de sus discursos o escritos. Señala también los defectos característicos de estos catecúmenos de la oratoria, cuya única escuela, según él, fueron el foro cartista y el primer gran sindicato nacional: «It must be borne in mind that down to about this period with the single exception of the time of the Consolidated Trades' Union, even the more enlightened of the working class had been but little accustomed to public speaking. The platform had been almost exclusively occupied by the upper and middle classes, and it could hardly be expected that the working men, deprived in a great measure of educational advantages, would become adept speakers in a day. But the dawn of the Chartist movement was quite an era in working class oratory. It gave to the humblest the opportunity of raising his voice in public meeting, an opportunity that was embraced with avidity. It is needless, perhaps, to say that these speeches, as well as the meetings to which they were addressed, were often enormously exaggerated in the *Star*, but that very exaggeration was one of the grounds of its success. Men who had never previously been accustomed to see themselves in print were flattered by the proud distinction; and, though they sometimes experienced a difficulty in detecting their own portraits, the over done colouring of the artist was not ungenial to their tastes». (Gammage, R. C., *History of the Chartist Movement: 1837-1854*, Merlin Press, London, 1976 —1.ª ed. 1894—, p. 17).

(23) Sin embargo, para conocer el cartismo a fondo, se requiere un análisis riguroso de su lenguaje. Así lo han entendido casi todos sus historiadores, en cuyos trabajos abundan referencias al idiolecto de los líderes. Un ejemplo temprano lo hallamos en la historia escrita por Gammage en 1854. Esta parece en realidad un tratado sobre las peculiaridades lingüísticas de aquella oratoria. Como se ha dicho, la retórica incendiaria del movimiento era en buena medida un sucedáneo ante la ausencia de una organización política firme. Pero la dificultad señalada aumenta ante la divergencia de opiniones a la hora de valorar este tipo de lenguaje, que, por lo demás, es premisa fundamental para el presente estudio. Por una parte, «The leaders they preferred» —asegura Asa Briggs— «were those who knew how to use and were willing to use headstrong language». (Op. cit., p. 9). Pero, de otro lado, ya en la época se alzaron algunas voces prestigiosas contra los excesos de parte de aquella oratoria y literatura. Martha Vicinus, en un brillante estudio dedicado a la literatura cartista, recoge una crítica de Julian Harney contra la poesía política de Gerald Massey, cuya actividad creadora definía como «a painful striving for effect by means of big words and monstrous fantasies». (Citado por Martha Vicinus en su *The Industrial Muse: A Study of Nineteenth Century British Working-Class Literature*, Croom Helm, London, 1971, p. 103). El comentario que esta autora hace en torno a ese tipo de literatura se podría aplicar a algunos discursos de aquel período: «... the images of battle do not lead anywhere, except perhaps to a quickening of the reader's spirit. Yet, the emotional impact is dissipated by the extravagant language». (Ibidem). Esta crítica se refiere sólo a las peores voces del cartismo; pero —y esto suscita una vez más nuestras sospechas— aquéllas son las únicas a las que Dickens parece haber prestado oídos, para deformarlas aún más.

(24) Los discursos políticos de los dirigentes de estas dos ramas del cartismo difieren en sus tonos, aunque, desde otro ángulo, participen de unos moldes expresivos comunes e inconfundibles. Veamos un par de muestras del estilo violento de J. R. Stephens, clérigo metodista y orador infatigable del movimiento: «I will tell every man in the land, instead of drawing his sword for that law, to draw his sword against it; instead of firing his musket for that law, to fire his musket against it. Oh yes, my Lord Russell, it is too late, it is too late, it is too late, thank God, it is too late! Put me where you like, and keep me there as long as you like, as long as God and my poor body will allow you. You may do just what you like with me, it is too late, it is too late, it is too late; the blood is up, aye! it tingles in your fingers, it is ready to spurt out at your finger ends, and to blow the skull cap off. Your father's blood is up; your mother's milk is flowing round, and round, and round; you are beginning to be men; you are beginning to be women; you are beginning to be the offspring of men and women; thank God for it He has poured a new language upon the people, it is too late, it is too late.» (Gammage, op. cit., p. 58); «... if a nation by its laws and institutions, commits acts of injustice, tyranny and oppression upon the poor,

and especially upon the widow, the fatherless, and the stranger, that God's anger will be kindled against that nation; God's vengeance will be poured out upon that people; destruction from the hand of God, as he here declares, by the whirlwind; the whirlwind of his vengeance will blow upon that land and sweep them away from the face of the earth. If I have spoken, from time to time, here and elsewhere; if I have been plain and bold in what I have said; if I have said strange things, words which made the people shudder, words which made the land to shake and tremble; the words have not been mine. I have not spoken my own words; I have not said my own say; I have not invented my fables out of my own imagination; I have not addressed you in words calculated to excite your passions, and inflame and throw into phrenzy and madness those feelings that are easiest harrowed up and soonest aroused by men who have the power of speech at their command. I have done nothing like this. I have only said to you time after time, 'The mouth of the Lord hath spoken it'. (...) I am sure of one thing, there is no hope in England; there is no hope from England's Crown; there is no hope from England's Government; there is no hope from England's Parliament, or from England's Princes. There is no hope from the capitalists, the mill-owners, the manufacturers, the merchants or the landlords. There is no hope from the rich, from the great, or from the mighty; and the people are like sheep without a shepherd, unless and until God himself comes down and leads the way». (James, Louis, ed., *Print and the People: 1819-1851*, Allen Lane-Penguin Books Ltd., London, 1976, pp. 169-170). Sus charlas y sermones, con esa continua invitación a la violencia física, parecen más próximos al lenguaje elegido por Dickens para nuestro personaje, si bien —es de justicia decirlo— incluso la voz de Stephens posee una coherencia muy superior a la de Slackbridge, sobre todo teniendo en cuenta el trasfondo social en que se mueve cada uno de ellos. Pero, en cualquier caso, y señaladas las diferencias entre la lengua de ambos, no deja de ser sospechoso que los escasos rasgos inconexos de oratoria revolucionaria presentes en *Hard Times*, tengan mayor semejanza con el estilo de este orador, que, en palabras de Gammage, «... was in politics more of a Tory than anything else...» (Gammage, op. cit., p. 56), que con el de los líderes genuinamente obreros. He aquí, en claro contraste, el tipo de promesa que hacía un cartista de Towbridge, en Wiltshire, y la base cotidiana de su léxico: «... plenty of roast beef, plum pudding and strong beer by working three hours a day». Asa Briggs, después de citar estas palabras, hace un comentario muy sutil sobre las dos modalidades que existían en el seno de aquella elocuencia revolucionaria: «There is a wide gap between language of this kind and the more sophisticated language of skilled artisans and craftsmen». (Briggs, Asa, op. cit., p. 10). Este mismo historiador dice a propósito de O'Connor, otro dirigente moderado de renombre nacional, lo siguiente: «It was the strength of O'Connor that he knew how to talk effectively to despairing domestic workers who were more interested during 1837 in the threat of the New Poor Law of 1834 than in political panaceas». (Ibidem).

(25) Kovalev, Y. V., «The Literature of Chartism», en *Victorian Studies*, Vol. II, No. 2, diciembre, 1958, p. 123.

(26) Ibidem.

(27) Esto resulta especialmente evidente, si comparamos al cartismo con el movimiento radical precedente. No obstante, a pesar de esto, apenas se puede hablar de organización. Prácticamente, el único elemento que vertebraba esa unión era una coincidencia aproximada de ideas y, sobre todo, su retórica revolucionaria.

(28) Gammage nos ofrece lo que él considera un buen espécimen de la elocuencia de O'Connor, a quien describe como «... Irish throughout. Versatile, witty and occasionally pointed...». Desde luego, es una prueba válida de esa vena ingeniosa y divertida que suele recorrer los discursos de los líderes populares: «The people were called pickpockets. Now, he would ask, what difference was there between a rich pickpocket and a poor pickpocket? Why there was this difference, the poor man picked the rich man's pocket to fill his belly, and the rich man picked the poor man's belly to fill his pocket. The people had borne oppression too long and too tamely. (...) What was the position in which the working class stood? They were nature's children and all they wanted was nature's produce. They had been told to stand by the old constitution. Why, that was the constitution of tallow and wind. The people wanted the railroad constitution, the gas constitution, but they did not want Lord Melbourne and his tallow constitution; neither did they want Lord Melbourne and his fusty laws; what they wanted was a constitution and laws of a railroad genius, propelled by a steam power, and enlightened by the rays of gas. They wanted a legislature that had the power as well as the inclination to advance after the manner he had just pointed out. They wanted the science of legislation to advance. The people had only to shew the present House of Commons that they were determined, and its reform must take place. But still such men as Sir Robert Peel and little Johnny Russell would try to get into it, even though they got through the keyhole. But it was said the working class were dirty fellows, and that among them they could not get six hundred and fifty eight who were fit to sit in the House of Commons. Indeed! He would soon alter that, he would pick out that number from the present meeting and the first he selected he would take down to Mr. Hawes' soap factory, then he would take them where they should reform their tailor's bills, he would next take them to the hair-dresser and perfumer, where they should be anointed with the fashionable stink; and having done that by way of preparation, he would quickly take them into the House of Commons, when they would be the best six hundred and fifty eight that ever sat within its walls. He counselled them against all rioting, all civil war, but still, in the hearing of the House of Commons, he would say, that rather than see the people oppressed, rather than see the constitution violated, while the people were in daily want, if no other man would do so, if the constitution was violated, he would himself lead the people to death or glory». (Gammage, op. cit., pp. 50-51).

(29) Morris, Max, ed., *From Cobbett to the Chartists*, Lawrence & Wishart, London, 1951 (1.ª ed. 1948), p. 144.

(30) Ibidem.

(31) Hutt, Allen, *British Trade Unionism*, Lawrence & Wishart, London, 1962, p. 21.

(32) Carta de F. Engels dirigida a Marx el 7 de octubre de 1858.

(33) Dickens, Charles, «On Strike», op. cit., p. 462. También en el *Eliza Cook's Journal* se reproduce un fragmento del habla real del presidente de aquellos mítines, Mr. Waddington —inspirador del «chairman» de *Hard Times*—, así como un precioso comentario sobre su lengua. Como se verá, en sus frases confluyen las características más valiosas del habla popular: «Well, friends, what dun yo think? They (I meean t' press) nah co us delicates 'stump orators) They sen we goa about maunting t' stump an meeking speeches; an we do it o' for t' brass as yo give us. Well, it's a terrible deal yo give us, to be sure. (Loud laughter). They sen we're lazy fellows, an to idle to wark. (Laughter). I should think I know what wark is as

weel as some on 'um; an I'll tell yo what, it's t' fost time I ever went aut a 'stumping' it; an it's t' hardest wark I ever did i' moy life afore. It'll never do for lazy chaps, I con tell yo. (Loud cheering). I don't care ha soon I give o'er; an when we've settled this, yo waynt catch me going aut on t' stump agean so soon, I know») («Lancashire Stump Oratory», op. cit., p. 258). El comentario del articulista en torno a este lenguaje es también muy elocuente: «His opening address presented a capital specimen of what I term the medium phasis of the rich dialect of Lancashire, so redolent with strong obsolete Saxonisms, still retained occasionally, however, in modern versions of Chaucer and Spenser». (Ibidem). El humor y la variante dialectal caben en el conflicto local de Preston; la fraseología heroica, no. Allí sólo se perseguía, como se ha dicho, un diez por ciento de aumento y Dickens era consciente de ello. K. J. Fielding recoge una balada de los huelguistas de Preston en que se resume así aquella petición:

«We've Blackburn at one side
And Stockport at the other,
And we know they will stick true to us,
Like sister and like brother.
And if they'll send us their support,
And never do lament,
We'll stand out firmly side by side,
All for our ten per cent.»

(Véase Fielding, K. J., «The Battle for Preston», *The Dickensian*, L, 1954, pp. 161-2). Por eso, cuando esa demanda aparece acompañada de un léxico fuerte —tal es el caso de Mr. Worswick, de Padiham, citado por el periodista del *Eliza Cook's Journal*—, o bien se está persiguiendo un efecto intencionadamente cómico, o simplemente se incurre en una absurda comedia. Considero oportuno insertar el pasaje completo (el comentario del periodista presente en Preston y las frases de Mr. Worswick), pues supone, por medio de una burla espectacular, la negación de la posibilidad de un Slackbridge en el ambiente obrero de aquella época: «Mr. Worswick, of Padiham, is a capital specimen of another style. He does the low comedy, and does it well, too. I laughed till my ribs protested at some of his rough sallies and singular antics. (...) He is a singularly enthusiastic, but good-humoured fellow. He complimented the lasses on their appearance, made jokes, told humorous anecdotes, declared his 'head, heart, and hands' were all true to the cause, and finished off in a complete paroxysm of virtuous determination to sacrifice his life in the cause. (...) He danced and jumped with an enthusiasm more fanatically outrageous than an Eastern dervish, and finished off by exclaiming, amidst the laughter of his audience, with a singular mixture of energy and good humour: 'I don't care what comes or goes, I'll ne'er surrender. I'm alus thinking about it neet an day. I dream about it. I know it's our just reets, and we'll hev it yet. I'll ne'er give in if yo do, I've med up my mind for t' wost. I'm determined to hev it or to dee, shaughting ten pu'zent, and noa surrender!' Then bringing the whole of his force to bear for a single effort, he clasped his hands, threw up his arms, leapt into the air, and screaming at the top of his voice: 'Ten pu'zent! ten pu'zent! TEN PU' ZENT! and noa surrender!' fell back into the cart.» («Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», op. cit., p. 259).

(34) Desde luego, en los documentos contemporáneos que han llegado hasta nosotros no se ahorra ningún calificativo para presentar una imagen negativa de Grimshaw. Esto nos recuerda mucho a lo que Dickens hace con Slackbridge. Incluso a veces se da una coincidencia casi literal en la actitud denigratoria. Pero, y en esto se separan de lo que Dickens hace en *Hard Times*, los comentaristas de la época admiten que el auténtico líder de Preston no era Grimshaw, sino Cowell. He aquí, por ejemplo, el juicio de Ashworth: «He was commonly introduced as the 'Thunderer of Lancashire'. In his speeches we find the perfection of mob oratory. 'He's a stunner', exclaimed an old woman at the close of one of his perorations. (...) We must add, that his talents had failed to secure honour in his own country, for when, on some occasion, he was selected by the committee to fill up a gap at a meeting of the Warrington operatives, by whom he was well known, they 'struck' against him, and threatened to break up the meeting if he was permitted to speak. (Ashworth, H., op. cit., p. 29). Por su parte, el autor de «Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», después de señalar el carácter teatral de la frase con que Grimshaw solía abrir sus intervenciones —«Men of Preston»— dice: «I have an objection to this style of opening the verbal battery upon a public audience». («Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», op. cit., p. 259). Por tanto, dejando de lado nuestra opinión sobre el credo político de Grimshaw, e incluso la polémica en torno al mayor o menor grado de representatividad que en realidad ostentaba, parece fuera de toda duda que ésta en ningún caso fue lo suficientemente grande como para basar un personaje literario con pretensiones de dirigente popular típico en su persona.

(35) Sencillamente porque Grimshaw, como se ha dicho con insistencia, nunca llegó a ser el portavoz de un sector amplio. Pero Dickens —y he hecho ya hincapié en esto— ni siquiera se atreve a construir la caricatura Gruffshaw/Slackbridge sobre la realidad histórica de Grimshaw. Este era capaz de suscitar aún cierta simpatía, lo que podría atentar contra la tesis del autor. Por eso, siente la necesidad de añadir una buena dosis de sus prejuicios ideológicos y mutilar el modelo. Algunos de los críticos más serios de *Hard Times* —tal es el caso de K. F. Fielding y G. Carnall— se han limitado a cuestionar el carácter representativo de Grimshaw, y, por ende, de Slackbridge (con lo cual no se pone en duda que el segundo sea mera copia del primero); pero, según me consta, ninguno de ellos ha dejado claro que Slackbridge es fruto únicamente de las fantasías ideológicas de Dickens. (Cfr. Fielding, K. J., «The Battle for Preston», op. cit.). Intentaré esbozar el proceso de esta remodelación caprichosa por parte del novelista, que falsea la imagen del sindicato y del movimiento obrero en una obra por lo demás tan coherente y llena de vida. Grimshaw, al ser delegado, ostentaría al menos cierta representatividad. Es cierto que Grimshaw solía enmarcar sus invectivas contra el sistema en enunciados amenazadores idénticos a los que estaban popularizando los predicadores evangélicos y el fanatismo religioso disidente (y en las palabras de Slackbridge captamos resonancias de esos ecos apocalípticos); no obstante —y la matización es importante— sus discursos poseían un contenido definido y consistencia política propia. Su voz era la de un movimiento social —en franca decadencia entonces,

pero aún vivo— y, por tanto, representaba a alguien. La de Slackbridge, por el contrario, no es sino el vehículo de unas formas vacías de contenido. Las concomitancias que pueda haber entre ambos modos de expresión se darán forzosamente en lo accidental. Grimshaw tal vez sea un anacronismo; Slackbridge, ni siquiera eso. Oigamos la voz de Grimshaw para poder establecer después un cotejo sobre bases reales: «If our trade could not prosper, if our commerce could not flourish, but at the expense of the comfort and happiness of the operatives of this country, (I) would say let trade and commerce perish, and a new order of things be established». (*The Examiner*, 3 diciembre 1853, citado por Carnall, op. cit., p. 40). Las concomitancias entre este pasaje y algunas sentencias del Nuevo Testamento son manifiestas.

(36) Ashworth, H., op. cit., p. 37.

(37) Estas cualidades las captaron ya sus contemporáneos: «George occasionally got a little excited, when he quitted for a time his 'unadorned' Cobden style, and became rather more 'eloquent'». La sencillez y la claridad, sin duda alguna, definen la norma de su expresión. («Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», op. cit., p. 259).

(38) Ashworth, H., op. cit., p. 28.

(39) «Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», op. cit., p. 259.

(40) *Ibidem*.

(41) Citada por G. Carnall (op. cit., p. 41). Según este crítico, la máxima evangélica le vendría sugerida a Cowell por la propaganda del socialismo cristiano de entonces. Personalmente creo que este tipo de apotegmas del evangelio referentes al amor y la solidaridad entre los hombres, está tan arraigado en la cultura del pueblo, que no es necesario recurrir a esa interpretación. Richard Hoggart ha profundizado sobre este punto. Véase su *The Uses of Literacy*, Penguin Books, Harmondsworth, 1973 (1.ª ed. 1957), pp. 117-8.

(42) El discurso de Cowell evoca esos ecos de protesta social immortalizados por la poesía folklórica. Compárense algunos de los enunciados de su alocución con estas estrofas de canciones populares de los trabajadores de la industria textil:

«When we look on our poor children, it grieves our hearts full sore,
Their clothing it is worn to rags, while we can get no more,
With little in their bellies, they to their work must go
Whilst yours do dress as manky as monkeys in a show.»
(Citado por Vicinus, Martha, op. cit., p. 288.)
«With the choicest of strong dainties your tables overspread,
With good ale and strong brandy, to make your faces red;
You call'd a set of visitors—it is your whole delight—
And you lay heads together to make our faces white.»

(*Ibidem*). También podemos reconocer un contenido semejante en la imaginación poética de los dirigentes obreros de la generación anterior. Los versos siguientes, citados por E. P. Thompson, fueron compuestos por uno de esos hombres mientras esperaba la sentencia del juez:

Tyrants. Ye fill the poor with dread
And take way his right
And raise the price of meat and bread
And thus his labour blight.
You never labour, never toil,
But you can eat and drink;
You never cultivate the soil,
Nor of the poor man think...

(Citado por Thompson, E. P., op. cit., p. 773). En *La crisis económica de 1929 y la novelística de tema obrero en Gran Bretaña en los años treinta* (Salamanca, 1974), *Movimiento Obrero y Novela Inglesa* (Salamanca, 1976), «Industrial Conflict and the Viewpoint of the English Novel in the 1930s» (en *Gulliver*, 4, Berlin, 1978) y «La lengua de Lewis Grassic Gibbon en *A Scots Quair*» (en *Actas del Primer Congreso de la Asociación Española de Estudios Anglo-Americanos*, Granada, 1978), he insertado numerosos pasajes literarios que testimonian el carácter ininterrumpido de esa misma tradición.

(43) Dickens, Charles, «On Strike», op. cit., p. 463.

(44) Dickens, Charles, *Hard Times*, op. cit., pp. 169-70. Interesa recordar las principales intervenciones de Slackbridge, pues las breves reflexiones lingüísticas que se ofrecen en las hojas siguientes, se refieren a la totalidad de su sintaxis y léxico: «But, oh my friends and brothers! Oh men and Englishmen, the down-trodden operatives of Coketown! What shall we say of that man—that working-man, that I should find it necessary so to libel the glorious name—who, being practically and well acquainted with the grievances and wrongs of you, the injured pith and marrow of this land, and having heard you, with a noble and majestic unanimity that will make Tyrants tremble, resolve for to subscribe to the funds of the United Aggregate Tribunal, and to abide by the injunctions issued by that body for your benefit, whatever they may be—what, I ask you, will you say of that working-man, since such I must acknowledge him to be, who, at such a time, deserts his post, and sells his flag; who, at such a time, turns a traitor and a craven and a recreant; who, at such a time, is not ashamed to make to you the dastardly and humiliating avowal that he will hold himself aloof and will *not* be one of those associated in the gallant stand for Freedom and for Right?» (*Ibidem*, op. cit., p. 171); «Oh my friends and fellow-men! (...) I do not wonder that you, the prostrate sons of labour, are incredulous of the existence of such a man. But he who sold his brithright for a mess of pottage existed, and Judas Iscariot existed, and Castlereagh existed, and this man exists» (*Ibidem*, p. 172); «Oh my friends, what but this did I tell you? Oh my fellow-countrymen, what warning but this did I give you? And how shows this recreant conduct in a man on whom unequal laws are known to have fallen heavy? Oh you Englishmen, I ask you how does this subordination show in one of yourselves, who is thus consenting to his own undoing and to yours, and to your children's and your children's children?» (*Ibidem*, p. 173).

(45) En las notas 16, 34 y 35 se ha hecho una referencia más extensa a este aspecto. Nuestro informador anónimo del *Eliza Cook's Journal* añade algún dato interesante sobre su entorno familiar y cultural: «I am told he comes of a 'speaking family', and that his father was considered pretty eloquent by the humbler radical reformers in the earlier part of the century». («Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», op. cit., p. 259).

(46) Cfr. Dickens, Charles, «On Strike», op. cit., p. 463. En evidente contraste con la descripción que Dickens hace de Gruffshaw, y posteriormente de Slackbridge, en *Hard Times* (acusándoles de oradores y agitadores profesionales, indignos de aquella comunidad obrera a la que «representaban»), el articulista del *Eliza Cook's Journal* nos ofrece la imagen fiel del auténtico guía de los hombres de Preston: «Cowell was generally calm and logical in his style of address. After all, he appealed more to the intellect and judgement of his audience, such as it was, than to their passions. His very manner and conduct bore the impress of sincerity. I have conversed with men opposed to him in opinion upon this subject, who have cheerfully acknowledged their belief in his general integrity of purpose. Cowell is a Preston weaver; yet, though I am a native, and pretty well known to the working classes of the town, I never heard of such a man before the commencement of the 'strike'. Indeed, had Cowell been merely a 'professional agitator' or 'spouting demagogue', the struggle could not have lasted half the time it did». («Lancashire Stump Oratory and Reminiscences of the Labour Battle», op. cit., p. 258). Este retrato objetivo de Cowell da la medida de la falacia dickensiana.

(47) La narración del propio Dickens, con su psicograma de Slackbridge, contribuye intencionadamente a incrementar este efecto. Cfr. Dickens, Charles, *Hard Times*, op. cit., p. 170.

(48) Para oír las últimas resonancias de semejante lenguaje en las tribunas obreras, hay que remontarse, por lo menos, al principio de la década anterior. Se pueden apreciar, sobre todo, en la oratoria y los panfletos de los dirigentes mineros, los más influidos por los moldes retóricos de las sectas religiosas disidentes. En 1844, por ejemplo, un grupo de delegados de las minas de Northumberland y Durham, lanzaba el siguiente comunicado: «And why have the sons of labour not come more nobly forward to support their own cause? See you not that the Miners' cause is your cause? If they are crushed, you must follow, and that soon. Awake from your slumbers, rise and look to your own interests, ere it be too late. Capital is rampant, and unless it is met in a spirit of determination by the sons of toil united, it will assuredly sink lower every class of labour's sons». Martha Vicinus, que cita estas líneas en *The Industrial Muse*, ha llamado la atención sobre las claras reminiscencias de lenguaje religioso que marcan este estilo, haciendo un comentario inteligente sobre la función ideológica de sus connotaciones: «The cadenced questions, the war metaphors and the imperative tense all speak of a prophetic urgency felt even in the midst of defeat. The miners spoke with firm confidence about their struggles to a sympathetic audience: the language of religious battle had become the language of class war. Whenever union writers dealt with their most serious issues they returned to religious language and imagery. The moral fervor of earlier times had been transformed under stress; class solidarity and God's justice were combined». (Vicinus, Martha, op. cit., pp. 81-82).

(49) El novelista tiene plena conciencia de lo que está haciendo. Pone en boca de su personaje clichés y términos que repugnaban a su propia norma lingüística. Refiriéndose precisamente a las disputas socio-laborales de Preston, escribe: «I always avoid the stereotyped terms in these discussions as much as I can, for I have observed, in my little way, that they often supply the place of sense and moderation». («On Strike», op. cit., p. 454).

(50) Los ejemplos son numerosos. Estos corresponden al principio del discurso estudiado: «down-trodden», «friends and fellow sufferers, and fellow-workmen, and fellow-men», «we must rally round one another», etcétera.

(51) Estos sintagmas destacan por su extravagancia: «The slaves of an iron-handed and a grinding despotism»; «the god-created glorious rights of Humanity»; «my soon to be victorious friends»; «in a sacred and Godlike cause». (Dickens, Charles, op. cit., pp. 169, 170 y 175).

(52) Convendría que toda esa corriente crítica que ha visto en este pasaje la reproducción de un discurso cartista típico, recordase los comentarios del militante e historiador Gammage. En su *History of the Chartist Movement*, lanza un duro ataque contra algunos oradores del movimiento, de cuyo estilo sí que podemos hallar vestigios en Slackbridge; en el mismo lugar Gammage resume las cualidades de la elocuencia más admirada por sus correligionarios: «William Dean Taylor was one of those who are extremely dexterous at making something out of nothing. Taking a single sentence for his text, he would spin a speech two or three hours in length; and when he had finished, one was convinced that the speech contained nothing but 'words, words, words'; and those words were delivered in a unpleasant, and ridiculously ostentatious style. James Leach was a man who never attempted to play the orator. In addressing a public meeting he was just as free and easy as in a private conversation; but for fact and argument there were but few of the speakers at that period who excelled him (...) William Jones was decidedly the best of the new orators who at that time figured before the public. His style was easy and flowing, and his diction pleasing and forcibly, but void of that extravagance which characterised Bairstow». (Gammage, R. C., op. cit., p. 211).

(53) Thompson, E. P., op. cit., p. 819.

(54) Cobbett, William, *Grammar of the English Language*, «Letter XXIV: Lesson VI», op. cit., p. 238.

(55) Las palabras de Slackbridge rebasan siempre los límites permitidos por la caricaturización y suelen rayar en lo absurdo: «Had not the Roman Brutus, oh my British countrymen, condemned his son to death; and had not the Spartan mothers, oh my soon to be victorious friends, driven their flying children on the points of their enemies swords? Then was it not the sacred duty of the men of Coketown, with forefathers before them, and a posterity to come after them, to hurl out traitors from the tents they had pitched in a sacred and a Godlike cause? The winds of Heaven answered Yes; and bore Yes, east, west, north, and south. And consequently three cheers for the United Aggregate Tribunal!» (Dickens, Charles, *Hard Times*, op. cit., p. 175).

(56) Este es sin duda el sentido de la afirmación que G. L. Brook hace refiriéndose a Dickens: «His experience as a reporter of debates in parliament gave him a familiarity with that type of oratory and a distaste for it that finds frequent expression in the novels». (Brook, G. L., *The Language of Dickens*, André Deutsch, London, 1970, p. 169).

(57) En este sentido, es de destacar que parte de ese idioma sentencioso y profético de Slackbridge —el «representante»

de los obreros—, procede, sin duda, de un cartel cuyo contenido incluye el propio Dickens en su artículo sobre la huelga; pero, como paradójicamente nos advierte el autor, ni su estilo ni su tono respondían al ambiente realista y comedido de

Preston. He aquí las frases allí vertidas:

'Friends and Fellow Operatives,

'Accept the grateful thanks of twenty thousand struggling Operatives, for the help you have showered upon Preston since the present contest commenced.

'Your kindness and generosity, your patience and long-continued support deserve every praise, and are only equalled by the heroic and determined perseverance of the outraged and insulted factory workers of Preston, who have been struggling for some months, and are, at this inclement season of the year, bravely battling for the rights of themselves and the whole toiling community.

'For many years before the strike took place at Preston, the Operatives were the down trodden and insulted serfs of their Employers, who in times of good trade and general prosperity, wrung from their labour a California of gold, which is now being used to crush those who created it, still lower and lower in the scale of civilisation. This has been the result of our commercial prosperity!—more wealth for the rich and more poverty for the Poor! Because the workpeople of Preston protested against this state of things,—because they combined in a fair and legitimate way for the purpose of getting a reasonable share of the reward of their own labour, the fair dealing Employers of Preston, to their eternal shame and disgrace locked up their Mills, and at one fell swoop deprived, as they thought, from twenty to thirty thousand human beings of the means of existence. Cruelty and tyranny always defeat their own object; it was so in this case, and to the honour and credit of the working classes of this country, we have to record, that, those whom the rich and wealthy sought to destroy, the poor and industrious have protected from harm. This love of justice and hatred of wrong, is a noble feature in the character and disposition of the working man, and gives us hope that in the future, this world will become what its great architect intended, not a place of sorrow, toil, oppression and wrong, but the dwelling place and the abode of peace, plenty, happiness and love, where avarice and all the evil passions engendered by the present system of fraud and injustice shall not have a place.

'The earth was not made for the misery of its people; intellect was not given to man to make himself and fellow creatures unhappy. No, the fruitfulness of the soil and the wonderful inventions—the result of mind—all proclaim that these things were bestowed upon us for our happiness and well-being, and not the misery and degradation of the human race.

'It may serve the manufacturers and all who run away with the lion's share of labour's produce, to say that the impartial God intended that there should be a partial distribution of his blessings. But we know that it is against nature to believe, that those who plant and reap all the grain, should not have enough to make a mess of porridge; and we know that those who weave all the cloth should not want a yard to cover their persons, whilst those who never wove an inch have more calico, silks and satins, than would serve the reasonable wants of a dozen working men and their families.

'This system of giving everything to the few, and nothing to the many, has lasted long enough, and we call upon the working people of this country to be determined to establish a new and improved system—a system that shall give to all who labour, a fair share of those blessings and comforts which their toil produce; in short, we wish to see that divine precept enforced, which says, "Those who will not work, shall not eat".

'The task is before you, working men; if you think the good which would result from its accomplishment, is worth struggling for, set to work and cease not, until you have obtained the good time coming, not only for the Preston Operatives, but for yourselves as well.

'By Order of the Committee.'

'Murphy's Temperance Hotel, Chapel Walks, Preston, January 24th, 1854.'

(«On Strike», op. cit., pp. 457-8). La manipulación del autor es tanto mayor en cuanto que Slackbridge supera con creces los excesos del cartel. También Ashworth reproduce, en su narración de los hechos del conflicto de Preston, otro pasquín que a primera vista nos recuerda también la fraseología de Slackbridge: «They call this land 'Britannia', the land of justice and freedom; but not so, my friends. Opression reigns throughout the land, this boasted land of freedom, where the despot and the tyrant, that is, the men of capital, are protected in all their tyrannical encroachments on their poorer brethren. But now the time has come, &c.» (Ashworth, H., op. cit., p. 40). Aunque a Ashworth tampoco parece gustarle, las razones son bien distintas. Lo que no le agrada de su mensaje es la lucha de clases que allí se preconiza: «Such language by no means correctly describes the habitual sentiments of the working man. He knows well that his master is not a tyrant, and that he is far from being the victim of oppression». (Ibidem). Después, asegura que esos términos no son sino «... inflammatory harangues of experienced agitators» (Ibidem, p. 41). Por último añade: «The use of violent language was a necessity of their position» (Ibidem). Tanto esta actitud como las frases recogidas por él, guardan gran semejanza con las del artículo y la novela de Dickens. He estimado conveniente introducir aquí alguno de esos carteles que de vez en cuando aparecían por Preston, porque, en mi opinión, han contribuido a perfilar el esbozo de Slackbridge; y deseo insistir, una vez más, en que, aun cuando ya Dickens nos advierte del carácter atípico de ese lenguaje extremista en el Preston de entonces, la terminología de su personaje es mucho más estridente aún.

(58) Tal vez, en la nota 35, al referirme a la crítica sobre Dickens, debería haber señalado la excepción parcial que suponen los trabajos de P. Hobsbaum. Según me consta, es el único que ha apuntado la diferencia entre Gruffshaw/Slackbridge y Grimshaw. Sin embargo, en su estudio se limita a describir el proceso como mera caricaturización; y esto, por ser parte esencial de la técnica del autor, y por la misma ambigüedad del término, no aclara suficientemente el problema. Cfr. Hobsbaum, Philip, *A Reader's Guide to Charles Dickens*, Thames & Hudson, London, 1972.

(59) Y, en cualquier caso, si bien es verdad que a veces la fraseología altisonante de algún demagogo provocaba el

aplauso fácil de la comunidad trabajadora, no es menos cierto que esa respuesta solía ser mecánica, respondía a razones de deferencia; por lo general se trataba tan sólo de una especie de premio a la facilidad verbal.

(60) Ciertas expresiones y enunciados en boca de Slackbridge, contribuyen a dibujar una imagen errónea del movimiento obrero: «a noble and majestic unanimity that will make Tyrants tremble»; «that working-man... who... deserts his post, and sells his flag»; «the gallant stand for Freedom and for Right»; etcétera. Este tono, como se ha dicho ya, no responde al carácter estrictamente salarial y laboral de las reivindicaciones planteadas por las uniones de aquella época.

(61) Cfr. Gray, Paul Edward, «Introduction» a *Twentieth Century Interpretations of «Hard Times»*, Prentice-Hall Inc., Englewood Cliffs, N. J., 1969, p. 9.

 INDICE